

# Masones y rotarios



Ricardo Gutiérrez acaba de cumplir 43 años. Pertenece a la Masonería desde hace nueve. Su logia celebra dos *tenidas* -reuniones- dos viernes al mes, de 8 a 10 de la noche, y regresa a casa a medianoche, tras el *ágape* o cena-. Su esposa no está invitada -sólo puede asistir a las *tenidas blancas* -asambleas o ágapes abiertos a los familiares y amigos íntimos-. En los países nórdicos y anglosajones es normal que se consuma bastante alcohol; al fin y al cabo es como estar en una peña de amigos y además hay que cumplir con los brindis obligatorios.

Para Ricardo, la cultura y la conciencia política -no tanto el dinero- son absolutamente necesarias, sobre todo en los países latinos. Las *tenidas de instrucción*, cuando tienen lugar, pueden acabar con su paciencia, ya que ha de memorizar su papel. Las otras *tenidas* -en especial las que acogen una ceremonia de iniciación o de *elevación* a un grado superior son más entretenidas: hay que vestirse formalmente. Hoy le toca a un fontanero, mañana a un economista, otro día a un funcionario de justicia.

En los países anglosajones y latinoamericanos, pertenecer a una logia masónica o a un club rotario, o a ambos, es imprescindible para quien desea progresar en su profesión. En España, ser rotario es un privilegio; ser masón, en cambio, más bien una inconveniencia: la represión franquista, la iglesia católica y la ignorancia general le han creado muy mala fama. En la Masonería, a diferencia de un club rotario, hay ceremonias rituales. Todo está cerrado al escrutinio público. A la esposa de Ricardo no le hace ninguna gracia que su marido se reúna en secreto con no se sabe quién y vuelva a casa con los ojos saltarines. En la *tenida* del solsticio de verano o del invierno ella puede lucir su vestido nuevo, pero el ambiente es un poco raro; los hombres hablan entre sí de *sus cosas* y las mujeres tratan de seguir como pueden los brindis de ritual: al Jefe del Estado, a todos los Jefes de Estado que protegen a la Masonería (o Rotary Internacional), al Gran Maestro (o al Gobernador del Distrito), a los masones y rotarios ausentes.

Ricardo recibió una invitación para integrarse en un club rotario, en virtud de su cualificación personal y profesional; pero no así para entrar en el templo masónico: él mismo tuvo que cursar una solicitud de iniciación a la Gran Logia Provincial, cuya dirección le ha proporcionado un amigo. Tras dos meses de espera, sin que nadie se haya puesto en contacto con él, recibe una llamada telefónica anunciándole la visita de un miembro de la logia local. Ricardo está un poco nervioso, ¿Qué podrían preguntarle? Por si acaso improvisa un

cuestionario sobre su opinión acerca de la Masonería, la Iglesia Católica, la familia, el trabajo, la nación. Cuando suena el timbre de la puerta de su casa, a Ricardo se le acelera un poco el pulso. Delante de él aparece un hombre trajeado, moreno, con entradas prominentes, y una sonrisa cortés. La conversación es cualquier cosa menos un interrogatorio; Ricardo esperaba mayor agresividad por parte de aquel hombre, que se presenta como Juan Orts. *¿Por qué quiere ser masón? ¿Cree en Dios? ¿Tiene un trabajo estable?* El intercambio es suave, informal, sin dirección por parte del visitante. *“Ha sido un placer conocerte; pronto recibirás la visita de otro miembro de la logia.” “¿Algún problema? ¿He dicho algo que no debiera?” “No, de ningún modo. Tú tranquilo.”* De nuevo el silencio durante otras cuatro o cinco semanas, o varios meses, y hasta años. Ricardo está pasando la etapa conocida como *aplomación*, es decir, va a ser entrevistado por tres miembros designados por el *Venerable* -el presidente- para informar a la logia sobre el candidato. Transcurrido el tiempo de costumbre, su nombre es sometido a una votación. Si las bolas salen blancas, se procederá inmediatamente a su iniciación. Ricardo acudirá a un lugar fijado de antemano, vestido con traje oscuro, camisa blanca, zapatos negros y corbata negra y se le invitará a entrar en la logia.

Ricardo recordará esa noche el resto de su vida. Más adelante sabrá que en el rito de *emulación* no hay cámara de reflexión, pero sí en el rito *escocés*, que es el que se practica en la logia a cuyas puertas ha llamado.

Ricardo Gutiérrez ha solicitado, pues, la iniciación en la logia local, que acaba de ser instalada. No hay aquí un "*principio de clasificaciones*", como entre los rotarios, que impide el predominio de un grupo profesional en particular; por el contrario, la logia acoge prácticamente a todas las ocupaciones laborales provechosas y Ricardo, que trabaja para la industria del aluminio, es el único empresario del grupo y se tendrá que codear con un médico pediatra, un cirujano, dos abogados (un laboralista y un penalista), varios funcionarios, un fotógrafo y un economista. Estando obligado a asistir a todas las tenidas, su falta injustificada a cuatro consecutivas puede significar, al menos teóricamente, la pérdida de su condición de miembro, aunque la norma no es muy estricta. Cuando tenga que realizar un viaje, podrá consultar el directorio oficial, que le informará de la fecha, hora y lugar de reunión de todas las logias del mundo. Basta presentar la tarjeta de miembro (denominado *pasaporte*), el último recibo de afiliación, y someterse a un breve examen de reconocimiento para asistir a la reunión de cualquier logia que se encuentre a su paso.



Algo parecido le ocurrirá cuando salga de su ciudad y visite un club rotario a la hora del almuerzo o la cena; allí podrá dar un triple abrazo a sus colegas y sentarse a comer un codillo con verduras del país, a la vez que fija sus contactos profesionales si así lo desea. Ricardo no conoce el perfil-caricatura del rotario trazado por el escritor norteamericano Sinclair Lewis. El protagonista de su novela *Babbit* (1922) es un espíritu agresivo, entusiasta, optimista, con sentimientos poco pulidos. Ganar dinero y triunfar en el negocio es objetivo esencial de su tránsito por el mundo. La vida intelectual es para él una excrecencia superflua. El único control que admite es el de la censura social. Babbit se mueve entre la superficialidad, la vulgaridad, el *esnobismo* y la complacencia.

Pero el Babbit de Lewis, contra el que se alzaron en airada protesta los rotarios de todo el mundo (los masones no suelen airear sus trapos sucios) no responde en absoluto a las manifestaciones de Rotary Internacional ni a las de cualquier Gran Logia. El prototipo del masón-rotario se ha expresado, por ejemplo, en la atención prestada a los refugiados de los dos últimas guerras mundiales y a los de la Guerra Civil española, acogidos en Méjico y en otros países hispánicos como *hermanos*. El contenido filantrópico y humanitario de la Francmasonería y de Rotary Internacional ha llevado a la creación de hospitales, residencias de ancianos y diversas fundaciones cuyos programas de financiación de diferentes proyectos -erradicación de la polio, becas de formación de investigadores - absorben presupuestos gigantescos. El valor patrimonial y de los servicios que prestan las logias masónicas y los clubes rotarios es incalculable, pero supera fácilmente el billón de pesetas, minuciosamente contabilizado por los departamentos correspondientes. Las cuotas de los millones de socios, puntuales y disciplinados, auguran una vida prolongada y vigorosa para la Francmasonería y para Rotary Internacional. Cada masón y cada rotario paga cuotas mensuales o trimestrales para sufragar los gastos de su organización -preparación de las logias provinciales y nacionales, los gobernadores de distrito, las actividades de la junta directiva, el desarrollo de programas y publicaciones, sueldos de funcionarios, la misma administración-. Los fondos de inversiones, hábilmente custodiados por expertos en finanzas -masones y rotarios que actúan como voluntarios- aseguran el equilibrio entre los ingresos y los gastos. Rotary Internacional nació a principios de siglo en Estados Unidos. Paul Harris, abogado de Chicago, fundó un club de hombres de negocios, algunos de ellos masones, con representación de diversas profesiones, capaz de llevar al grupo más allá de la amistad interesada. La primera reunión formal tuvo lugar el 23 de febrero de 1905, dándosele inicialmente al club el nombre de "rotario" por la costumbre de celebrar las reuniones de forma rotativa en los locales de los socios. Al ampliarse el número de

éstos, hubo que hacer las reuniones más funcionales, trasladándolas a un lugar fijo a la hora del almuerzo.



Paul Harris, fundador de Rotary International (23 de febrero de 1905)

En los años sucesivos se fueron creando derivaciones del club fundador. En julio de 1910 (el año rotario comienza el 1 de julio y termina el 30 de junio del año siguiente) tuvo lugar el primer congreso nacional, en el que se formularon los principios del rotarismo. La apertura de nuevos clubes en Europa les llevó a adoptar el nombre de Rotary Internacional. Rotary ha sido la precursora de otros movimientos asociativos, como Kiwanis o Leones. El primer club rotario de España se formó en Madrid en 1920, siendo disuelto al término de la Guerra Civil. En 1977, con la nueva Ley de Asociaciones, reanudó sus actividades aprobando, entre otras, una resolución sobre los derechos humanos: "Donde la libertad, la justicia, la verdad, la santidad de la palabra empeñada y el respeto a los derechos humanos no existen, Rotary no puede vivir ni sus ideales prevalecer."

Reiteradamente acusada de consanguinidad con la Francmasonería -vínculo siempre desmentido por sus dirigentes-, Rotary Internacional no puede evitar que el espíritu de camaradería y el altruismo a que apelan sus principios sean puerta vulnerable al acceso de personas egoístas que utilizan al grupo por su inmediata utilidad para medrar en los negocios. La "Guía del Distrito" proporciona una conveniente lista de clubes asociados, lugar y fecha de sus reuniones, y los nombres, profesiones, direcciones y teléfonos de todos los miembros y dirigentes de cada club; un libro peligroso para algunos rotarios importantes como Atutxa, el ex-Consejero de Interior del País Vasco.

El número de socios en España supera la cifra de 2500, con predominio de empresarios, abogados, notarios y médicos, figurando aislados representantes del clero, algunos militares y diplomáticos. El Rey Juan Carlos I aceptó la nominación de Rotary Internacional; por su parte, Don Juan de Borbón asistió regularmente a las *tenidas* de una logia lisboeta.

Rotary está organizado en 400 distritos (España ocupa los números 220 y 221), agrupados en seis regiones geográficas identificadas por las siglas CENAEM (Europa continental, Africa septentrional y Mediterráneo oriental), GBI (Gran Bretaña e Irlanda), ASIA, SACAMA (Sudamérica, Centroamérica, Méjico y las Antillas), USCB (Estados Unidos, Canadá, Bermudas y Puerto Rico) y ANZAO (Australia, Nueva Zelanda y Africa no mediterránea). Algunos clubes son autónomos (caso de Gibraltar) y dependen directamente de la central de R.I. Por razones obvias, no existían clubes rotarios en países socialistas antes de la caída del muro de Berlín. El primer club rotario de Moscú comenzó su actividad en fechas relativamente recientes.

Cada distrito es administrado por un gobernador, elegido por un año, que se encarga de supervisar y visitar cada club, actuando al mismo tiempo de animador de los socios, dentro de la filosofía de Rotary. Desde la secretaría general se mueven las finanzas de la organización bajo el control de la junta directiva. Cada tres años se reúne el consejo de legislación, con representantes de todos los distritos. El presidente, los quince directores de cada junta y los gobernadores de distrito son elegidos en el congreso anual, que se celebra en una ciudad distinta.

Los proyectos particulares de cada club giran en torno a la idea fundacional de Rotary, expresada en las llamadas "avenidas de servicio" - servicio en el club, servicio en la profesión, servicio en la comunidad y servicio internacional -. Los actos filantrópicos de los rotarios, al ser compartidos y aceptados por todos, refuerzan la cohesión del grupo y confirman el sentido de solidaridad de los unos para con los otros.

El club se rige por los "estatutos prescritos" de 1922 en lo que se refiere a las reuniones semanales, normas de aceptación de socios, cuotas de admisión, cuotas *per capita*, fórmulas de nombramiento y composición de cargos, suscripción de revistas oficiales y recomendaciones o disposiciones para establecer el sistema de votación, estructura de los distintos comités y relaciones con otros clubes. En cada club hay un presidente, un vicepresidente, secretario, tesorero y macero -versión blanda de determinados cargos de las logias masónicas-. Este último se encarga de preparar físicamente las reuniones (disposición de los asientos, supervisión del servicio de comidas, organización de altavoces, etc.) y de mantener el orden golpeando un mazo sobre la mesa para imponer silencio, asegurándose de que nadie eleva la voz, de que no se interrumpe a

un interlocutor ni se habla de religión o de política -temas proscritos teóricamente, aunque irresistibles en la práctica para algunos miembros españoles-. El secretario lleva el registro de socios presentes, convoca las reuniones y remite al gobernador los informes mensuales de asistencia. Estas reuniones suelen tener el mismo formato: lectura del acta de la semana anterior, lectura de la correspondencia, informes de los distintos comités, pase del limosnero (el *tronco de la viuda* masónico) presentación de un tema de actualidad y debate en la mesa del almuerzo o de la cena.

La actuación colegiada de los socios de un club o de todo un distrito suena a veces a trompetería faraónica, teniendo en cuenta las insuperables distancias sociales que *de facto* separan a los rotarios del resto de los ciudadanos. El optimismo que genera el verse rodeado de seres con los mismos ideales de compañerismo y elevadas normas de conducta, organizándose para resolver complejos problemas caritativos, ambientales, urbano-rurales, sanitarios o educativos queda a veces minorado por la utopía de transformar el mundo mediante la práctica tangencial de la fraternidad. Con demasiada frecuencia, en las reuniones de algunos clubes rotarios y en los ágapes masónicos la mesa está presidida por la gastronomía y la etiqueta, reservando muy poco espacio para el fomento de la solidaridad asinfónica, sin estridencias ni resonancias cónicas.

Rotary crece en el mundo como un auténtico estado de la beneficencia: ofrece alegría a los menesterosos y a los lisiados, trabaja con la juventud, otorga becas y auxilia a las víctimas de catástrofes. Su emblema es una rueda dentada, con 24 dientes (número interesante para los masones) y seis radios, con una ranura de chaveta "para mostrar que la rueda es trabajadora, no transmisora."

Pero hay ruedas melladas y aun cuadradas, incapaces de movimiento. Rotary corre el riesgo de dejar de ser "una fuerza motivadora, de servicio a través del compañerismo entre hombres de buena voluntad" ("dar de sí antes de pensar en sí", como dicta su lema para 2005-2006), y de transformarse en una auténtica compañía multinacional, con una burocracia empresarial, poderosa y eficaz de la que salen programas diseñados por ordenador, ediciones millonarias de libros, manuales, folletos y publicaciones periódicas, o concesiones a fabricantes de bisutería, con excesivas, o escuetas, según se mire, normas protocolarias e increíbles llamadas al samaritanismo rotario ("se beneficia más el que mejor sirve"), en una sociedad en la que cada obra de caridad suele ir acompañada de un repique de campanas.

---